

Bajo la rociada estridente de indignación de la señora doña Patrocinio, el padre Piñeiro inclinó la cabeza. El doctor Margaride, para apreciar concienzudamente mi culpa, sacó su pesado reloj de oro. Y fué el buen padre Casimiro quien, como sacerdote y como procurador, intervino, influyente y suave.

—Doña Patrocinio tiene razón; tiene mucha razón en querer orden en casa... Pero tal vez nuestro Teodorico se haya demorado un poco más en el Martiño, oyendo hablar de estudios, de comendios...

Exclamé amargamente:

—No es eso, padre Casimiro, no es eso. Ni siquiera estuve en el Martiño. ¿Sabe usted dónde estuve? En el convento de la Encarnación. Encontré á un condiscípulo que iba á buscar á su hermana. Hoy es fiesta y la hermana había pasado el día con una tía suya comendadora... Estuvimos esperándola, paseando en el patio... Yo muerto, por zafarme cortésmente de mi amigo, que es sobrino del barón de Alconchel... y él dale que dale, hablándome de su hermana que va á casarse...

La tía Patrocinio gritó con furor:

—¡Qué conversación, qué indecente conversación para el patio de un convento! Cállate, alma condenada que debías tener vergüenza...

El doctor Margaride extendió la mano pacificadora y solemne:

—Está todo explicado. Teodorico fué imprudente; pero el sitio donde estuvo es respetable... Yo conozco al barón de Alconchel. Un verdadero caballero, un buen cristiano. De los propietarios más ricos de Alentejo, tal vez uno de los más ricos de Portugal ó el más rico... No hay fortuna territorial que exceda á la suya. Sólo en cerdos, sólo en corcho...

Se había puesto en pie y su voz engolada arrasaba montones de oro:

—Muchos miles de duros; millones, muchos millones.

El buen padre Casimiro murmuraba á mi lado con blandura:

—Tome su té, Teodorico, vaya tomando su té. Crea que la tía únicamente desea su bien...

Removiendo desfalecidamente el azúcar, pensaba en abandonar para siempre la casa de aquella vieja melindrosa que así me ultrajaba delante de la Magistratura y de la Iglesia, sin consideración á la barba que comenzaba á nacerme, fuerte, respetable y negra.

Pero, á los domingos, el té era servido en la vajilla de plata del comendador Godiño. Yo la veía maciza y resplandeciente ante mí: la gran tetera, terminada en pico de pato; el azucarero, cuyas asas tenían la forma de una lagartija; el palillero gentil, en figura de macho, trotando bajo las alforjas. Y todo pertenecía á la tía. ¡Qué rica era la tía! ¡Era necesario ser bueno y agradar siempre á la tía!

Por eso, más tarde, cuando ella penetró en el oratorio para rezar su trisagio ya yo estaba de rodillas, gimiendo, golpeándome el pecho y suplicándole al Cristo de oro que me perdonase haber ofendido á la tía.



Al fin, un día llegué á Lisboa con mi título de doctor melido en un canuto de lata. La tía lo examinó reverente, hallando un sabor eclesiástico á las líneas en latín, á las paramentosas tintas bermejas y al sello dentro de su relicario.

—Está bien—dijo ella,— ya eres doctor. A Dios Nuestro Señor lo debes; vé, no lo olvides.

Corrí al oratorio con el canuto en la mano y dí las gracias al Cristo de oro por mi inútil y glorioso grado de doctor.

A la mañana siguiente estando ante el espejo peinándome la barba, que ahora tenía cerrada y negra, el padre Casimiro entró en mi cuarto fro-tándose las manos y sonriendo.

—No es maleja la noticia que le traigo, señor doctor.

Y después de acariciarme, según su afectuosa costumbre, con dulces palmaditas en la espalda, el santo procurador me reveló que la tía, satisfecha de mi conducta, había decidido comprarme un caballo para que diese honestos paseos y me esparciese por Lisboa.

—¡Un caballo, oh, padre Casimiro!

Un caballo; y además de eso, no queriendo que su sobrino, ya barbudo y doctor, sufriese una vergüenza por faltarle á veces una moneda que echar en el petitorio de Nuestra Señora del Rosario, la tía me asignaba una mesada de quince duros.

Abracé con calor al padre Casimiro. Y deseé saber si la intención de mi tía era que no tuviese otra ocupación, además de andar á caballo por Lisboa, que dejar monedas de plata en el petitorio de Nuestra Señora.

—Mire, Teodorico; á mí me parece que su tía no quiere que usted tenga otra ocupación sino temer á Dios... Lo que le digo es que le espera una vida muy regalada. Pero hay que darle siempre gusto á la tía.

La verdad es que yo recelaba tanto desagradarle, que ni un solo día dejé de oír misa y de rezar el trisagio en el oratorio. Antes de comer, en chinelas, rezaba la jaculatoria á San José, ayo de Jesús, custodio de María y amorosísimo patriarca. A la mesa, contaba á mi tía las iglesias en que me deleitara y los altares que estaban iluminados. Vicenta la criada escuchaba con devoción, en pie entre las dos ventanas donde un retrato de nuestro Santo Padre Pío IX ocupaba la tira de pared verde teniendo por debajo, pendiente de un cordón, un viejo antejo de larga vista, reliquia del comendador G. Godiño. Después del café, la tía se adormilaba. Yo ahora, autorizado por ella, salía á recrearme fuera de casa hasta las nueve y media y corría al final de la calle de la Magdalena. Allí, con recato, oculto el rostro en el cuello de mi gabán y pegado al muro como si el farol de gas que alumbraba en

la esquina fuese el ojo inexorable de la tía, penetraba en el portal de casa de Adelina...

¡Sí, de Adelina! Porque nunca se me había olvidado, desde la noche en que el Requebrador me llevó al Salitre, el beso que ella me diera, lánguida y blanca, sobre el sofá. En Coimbra le hiciera versos; y aquel amor, dentro de mi pecho, fué, en el último año de Universidad, en el año de Derecho eclesiástico, como un maravilloso lirio que nadie veía y que perfumaba mi vida... Apenas mi tía me señaló los quince duros de mesada, corrí en triunfo al Salitre; ¡Adelina ya no estaba allí!

También fué esta vez el Requebrador quien me enseñó aquel primer piso de la calle de la Magdalena donde Adelina moraba ahora protegida por Eleuterio Serra de la firma *Serra Brito y Compañía*, con tienda de modas y bisutería en la Concepción Vieja.

Escribí á Adelina una carta ardiente y seria, poniendo respetuosamente al empezar: «Muy señora mía». Ella respondió con dignidad:

«Muy señor mío: Tendré sumo gusto en recibirle después de mediodía». Le llevé una cajita de pastillas de chocolate, atada con una cinta de seda. Entré, pisando conmovido la estera nueva de la sala. Adelina un poco constipada me recibió con un chal encarnado sobre los hombros. Reconoció en seguida al amigo del Requebrador; me habló de Ernestina con severidad, llamándola *indecentona*. Su voz enronquecida por el catarro, me infundía el deseo de curarla en mis brazos con un largo día de agasajo y somnolencia, bajo el peso de los cobertores, en la penumbra tibia de su alcoba. Después, Adelina quiso saber si yo era empleado ó estaba en el comercio. Le referí con orgullo cuánta era la riqueza de mi tía. Con sus manos entre las mías le dije:

—Si ahora la tía reventase, yo era quien le ponía á usted una casa elegante.

Ella murmuró, bañándose todo en la negra dulzura de su mirada:

—¡Cómo que voy á creerlo! Si usted cogiese todo ese dinero ya no se acordaba más de mí.

Me arrodillé sobre la estera, trémulo, oprimiendo el pecho sobre sus rodillas, ofreciéndome como una res.

Adelina abrió su chal y me aceptó misericordiosamente.

Desde aquel día,—cuando Eleuterio, en el club de la calle nueva del Carmen, jugaba á la malilla,— yo tenía allí, en la alcoba de Adelina, la radiante fiesta de mi vida. Era el elegido de su pecho y tenía en su casa un par de chinelas. A las nueve y media, despeinada, envuelta en una bata, me acompañaba hasta la puerta.

—Adiós, mi vida.

—Adiós, riquito.

Y me dirigía á casa de la señora doña Patrocinio de las Nieves, rumiando mi gozo. El verano pasó lánguidamente. Al comenzar Octubre, mi vida se tornó más fácil y más amplia. La tía me mandó hacer un frac y lo estrené, con su permiso, yendo á oír en San Carlos la ópera *Polinto*, ópera que el doctor Margaride recomendara como henchida de sentimientos religiosos y llena de elevada lección moral. Fui con él, rizado y de guantes blancos. Después, al otro día, durante el almuerzo, conté á mi tía el devoto enredo, los ídolos derribados, los cánticos, las señoras de la aristocracia que estaban en los palcos y de qué rico terciopelo vestía la Reina.

—¿Sabe usted quién vino á hablarme, tía? El barón de Alconchel, el tío de aquel muchacho que fué mi condiscípulo. Me trató con mucha distinción.

A la tía le agradó aquella distinción. Después, tristemente, como un moralista ofendido, me lamenté del medio descote de una señora immodesta: desnuda de brazos, desnuda de pecho, mostrando la carne espléndida é irreligiosa que es la desolación del Justo y la angustia de la Iglesia.

—Créame, tía, estaba con enojo.

A la tía le agradó este enojo.

Pasados pocos días, después del café, cuando me

dirigía aún en chinelas al oratorio, para hacer una corta petición á las llagas de nuestro Cristo de oro, la tía me llamó:

—Tienes permiso para volver hoy á San Carlos si quieres... Hoy y siempre que te parezca... Eres un hombre formal y no me importa que estés fuera hasta las once ú once y media.

Corrí delirante á ponerme el frac. Tal fué el comienzo de aquella anhelada libertad, conquistada laboriosamente, inclinando el espinazo ante la tía y golpeando el pecho ante Jesús. ¡Libertad bienvenida, ahora que Eleuterio Serra estaba en París, haciendo compras para sus almacenes; y Adelina libre, bella, más jovial y más hermosa que nunca!

Ciertamente yo había ganado la confianza de mi tía con mis serviles y beatos fingimientos; pero lo que más le moviera á alargarme así, tan generosamente, mis horas de honesto recreo, había sido—y esto lo dijo confidencialmente al padre Casimiro—la certeza de que yo me portaba religiosamente y no andaba tras de faldas.

Por eso, ahora, eran tantas mis precauciones para evitar que me quedase, en la ropa ó en la piel, el delicioso olor de Adelina: á este fin traía en el bolsillo pedazos sueltos de incienso.

Antes de subir la triste escalera de la casa, penetraba ocultamente en la caballeriza desierta, allá en el fondo del patio, y sobre una barrieca vacía quemaba algún pedazo de devota resina y me sahumaba exponiendo al aroma purificador las aletas de mi chaqueta y mis barbas viriles.... Después subía y tenía la satisfacción de ver cómo la tía respiraba con regalo:

—Jesús, qué rico olor á iglesia.

Modesto, y con un suspiro, murmuraba:

—Soy yo, tía.

Además de eso, para mejor persuadirla de mi indiferencia por las faldas, coloqué un día, en la mesa del comendador, como olvidada, una carta con sello, seguro de que la religiosa doña Patrocinio de las Nieves, mi señora y tía, no dejaría luego de abrirla.

La abrió y le agradó. Estaba escrita por mí á un discípulo de Arrayollos, y decía, en letra noble, estas cosas edificantes: «Sabrás que he terminado mal con Simoes, nuestro compañero de filosofía, por haberme pedido que le acompañase á una casa deshonesta. Esta clase de ofensas no las admito. Tú recordarás todavía cómo en Coimbra detestaba yo tales relaciones. Verdaderamente, no comprendo que haya nadie que, por una distracción pecaminosa, se arriesgue á penar por todos los siglos de los siglos en las calderas de Satanás. Dios mediante, en tales tentaciones espero que no caiga en mucho tiempo tu compañero.—T. Raposo.

La tía leyó y le pareció bien. Y todas las noches, vestido de frac, besaba con unción los huesos de sus dedos, y diciéndole que iba á oír *Norma*, corría á la alcoba de Adelina, á hundirme perdidamente en las beatitudes del pecado.

Una de esas noches, al salir de una confitería del Rocío, de comprar yemas acarameladas para Adelina, tropecé de manos á boca con el doctor Margaride que me anunció, después de un abrazo paternal, que iba á San Carlos, á ver el *Profeta*.

—¿A usted le veo de frac; naturalmente, también viene.

Quedé atortolado. Con efecto, habíame vestido de frac diciendo á la tía que iba á gozar del *Profeta*, ópera de tanta virtud como una santa orquesta de iglesia... Y ahora tenía que sufrir el *Profeta* de de veras, embutido en una butaca, rozando la rodilla del docto magistrado, en vez de descansar perezosamente en un tálamo amoroso viendo á mi diosa en camisa comerse las yemas acarameladas.

—Sí, efectivamente, también yo iba á ver el *Profeta*,—murmuré aniquilado.—Dicen que tiene una música casi religiosa... A la tía le pareció muy bien que fuese...

Y con mi inútil cartucho de yemas acarameladas, subí melancólicamente, al lado del doctor Margaride, la calle Nueva del Carmen.

Ocupamos nuestras butacas. En la sala, resplan-

deciente, blanca y con tonos de oro, yo pensaba en la alcoba sombría de Adelina y en el desaliño de sus faldas, cuando reparé que de una de las hileras, al lado, un señora gruesa y madura, una Ceres otoñal, vestida de seda color de paja, volvía hacia mí, á cada dulce expresión de los violines, sus ojos claros y serios.

Pregunté luego al doctor Margaride si conocía á aquella dama «que yo por la tarde solía encontrar muchas veces en la iglesia de la Gracia, visitando al Señor de los Pasos, con una devoción, un fervor...»

—El individuo que, detrás de ella, no hace otra cosa que abrir la boca, es el vizconde de Souto Santos. La joven ó es su mujer, la vizcondesa de Souto Santos, ó su cuñada, la vizcondesa de Villar-o-Vello...

A la salida, la vizcondesa (de Souto Santos ó de Villar-o-Vello) quedóse un momento en la puerta, esperando su carruaje, envuelta en una capa blanca, orlada delicadamente de pieles; su cabeza, entonces, me pareció más altiva, incapaz de sentir, tonta y pálida, las delicias del amor; la cola, color de paja, arrastrábase sobre el enlosado; era espléndida, era vizcondesa; otra vez, traspasándome, me miraron sus ojos claros y serios.

La noche estaba estrellada. Y descendiendo en silencio al lado del doctor Margaride, yo pensaba que, cuando todo el oro de la tía fuese mío y dorase mi persona, podría entonces conocer una vizcondesa de Souto Santos ó de Villar-o-Vello, no en su espléndido gabinete, sino en mi alcoba, ya caída la grande capa blanca, desnuda ya de las sedas color de paja, alba sólo por el brillo de su desnudez y haciéndose pequeña entre mis brazos... ¡Ay! ¿cuando llegaría la hora, dulce, soberanamente dulce, de la muerte de mi tía?

—¿Quiere usted acompañarme á tomar un té en el Martiño?—me preguntó el doctor Margaride cuando entrábamos en el Rocío.—No sé si conoce usted la torrada de Martiño; es la mejor torrada de Lisboa.

En Martiño, ya silencioso, con los mecheros de gas moribundos entre los espejos embazados, el doctor Margaride, pidió el té para los dos. Después, viéndome mirar con inquietud las manos del reloj, me dijo que llegaría á casa con tiempo bastante para rezar mis devociones con la tía.

—La tía, ahora,—dije yo,—tiene más confianza en mí y me concede más libertad, alabado sea Dios.

—Y usted lo merece todo. La tía le ha cobrado cariño, según me ha dicho el padre Casimiro...

Entonces, recordé la vieja amistad que unía al doctor Margaride con el padre Casimiro, procurador de la tía Patrocinio y su celoso confesor. Aprovechando la oportunidad, lancé un leve suspiro y abrí mi corazón al magistrado lealmente, como á un padre.

—Todo eso es verdad, doctor Margaride. Sin embargo, mi porvenir me inquieta mucho... Hasta tengo el proyecto de ir á un concurso para delegado. Cierto que la tía es rica, que yo soy su sobrino, su único pariente, su único heredero, pero...

Y miré ansiosamente para el doctor Margaride que, por el locuaz padre Casimiro, conocería tal vez el testamento de la tía. El silencio grave en que permaneció el digno magistrado, con las manos cruzadas sobre la mesa, me pareció siniestro. En aquel instante el camarero trajo la bandeja del té, sonriendo y felicitando al magistrado por verlo mejorado de su catarro.

—Deliciosa torrada,—murmuró el doctor.

—Excelente torrada,—suspiré yo cortésmente.

Arriesgué otra palabra tímida.

—Cierto que la tía parece tenerme algún cariño....

—La tía le quiere bien,—atajó con la boca llena el magistrado.—Usted es su único pariente... Pero la cuestión es otra, Teodorico. Tiene usted un rival.

—Lo reviento,—grité yo irresistiblemente, con los ojos llameantes y dando un puñetazo en el mármol de la mesa.

El doctor Margaride reprobó con severidad mi violencia.

—Esa expresión es impropia de un caballero. En general, no se revienta á nadie... Y, además de eso, su rival no es otro, amigo Teodorico, que Nuestro Señor Jesucristo.

¡Nuestro Señor Jesucristo! Solamente comprendí cuando el esclarecido jurisperito, ya más calmado, me reveló que la tía, aun en el último año de mi carrera, proyectaba dejar su fortuna, tierras y predios, á hermandades de su simpatía y sacerdotes de su devoción.

—Estoy perdido,—murmuré.

El doctor Margaride acabara la torrada. Extendiendo regaladamente las piernas, me consoló con el mondadientes en la boca, afable y perspicaz.

—No está todo perdido, Teodorico. No me parece que esté todo perdido. Usted se porta bien con su tía, le lee el periódico, reza con ella el trisagio... Todo eso influye. Inútil es decírselo; el rival es fuerte.

Yo gemí.

—De primera.

—Es fuerte, y debemos añadir digno de respeto. ¿Quiere usted oír mi opinión? Usted heredará todo si doña Patrocinio, su tía y mi señora, se convence de que, dejarle á usted la fortuna, es como dejársela á Nuestra Santa Madre la Iglesia.

El magistrado pagó el té generosamente. Después, ya en la calle, con la cara medio oculta en el cuello levantado del gabán, todavía me dijo en voz baja y confidencial:

—Con franqueza. ¿Qué tal la torrada?

—No hay mejor torrada en Lisboa, doctor Margaride.

El me apretó la mano con afecto y nos separamos cuando estaba dando la media noche en el reloj del Carmen.

Apresurando el paso por la calle nueva de la Palma, yo comprendía bien amargamente el error de mi vida... ¡Sí, el error! Porque hasta aquel momento la devoción con que yo procuraba agradar á mi tía y á su dinero, había sido siempre regular, pero nunca había sido ferviente. Era pre-

ciso, para heredar, que la tía exclamase un día cruzando las manos con recogimiento: ¡Es un santo! Sí, yo debía identificarme de tal suerte con las cosas eclesiásticas y sumergirme en ellas, de manera que la tía, poco á poco, no pudiese distinguirme claramente de aquel conjunto de cruces, imágenes, casullas palmas y cirios que era, para ella, la religión y el Cielo.

Yo estaba decidido á no dejar ir para Jesús, hijo de María, la fortuna del comendador G. Godiño.

Cuando llegué á casa, sentí que la tía estaba reazdo sola en el oratorio. Entré en mi cuarto sin hacer ruido; me alboroté el pelo, y echándome de rodillas al suelo, fui así, arrastrándome por el corredor, gimiendo, suspirando, dándome golpes de pecho, llamando desoladamente á Jesús, mi Dios.

Al oír en el silencio de la casa estas lúgubres lamentaciones de penitencia, la tía acudió despaavorida á la puerta del oratorio.

—¿Qué te pasa, Teodorico; hijo, qué tienes?

Me abalí sobre el suelo gimiendo, desfallecido de pasión divina.

—Perdone, tía... Estuve en el teatro con el doctor Margaride; después tomamos té, hablando cariñosamente de usted... De repente, al volver para ahí, en la calle de la Palma, comienzo á pensar que había de morir, y en la salvación de mi alma y en todo lo que Nuestro Señor padeció por nosotros y me entró un ansia de llorar... En fin, si hace el favor la tía, me quedará aquí un rato en el oratorio para aliviarme...

Muda é impresionada, la tía encendió reverentemente, una á una, todas las velas del altar. Después, en silencio, desapareció cerrando las cortinas con recato. Me quedé allí, sentado en el almohadón donde la tía se arrodillaba, suspirando alto y pensando en la vizcondesa de Souto Santos ó de Villar-ó-Vello y en los besos voraces que le daría en aquellos hombros, maduros y succulentos, si pudiese poseerla solo un instante, aunque fuese allí mismo, en el oratorio, á los pies de oro de Jesús mi Salvador.



Entonces, comencé á corregir mi devoción y á hacerla perfecta. Pensando que el bacalao de los viernes no era bastante mortificación, en tales días, procediendo con ascética rigidez, á la mesa, delante de la tía, sólo probaba el agua y comía una corteza de pan. ¡El bacalao lo comía á la noche con cebolla, después de unos ricos biftés á la inglesa en casa de Adelina! En mi cuarto, sobre la cómoda, alumbraba una lamparilla de aceite día y noche la litografía iluminada de Nuestra Señora del Patrocinio; todos los días ponía rosas dentro de un vaso para perfumarle el aire en redor; y la tía, cuando venía á revolver en mis cajones, quedábase embobada mirando á su patrona sin saber si era á la Virgen ó si era á ella indirectamente á quien dedicaba yo aquel homenaje de luz y de aromas. En las paredes, colgué las imágenes de los santos más excelsos como galería de antepasados espirituales. Mi actividad devota fué prodigiosa. No hubo un solo día en que dejase de oír misa por las mañanas y vísperas por la tarde. Jamás falté en iglesia ó en capilla donde se adorase al Sagrado Corazón de Jesús. Las novenas que yo recé se cuentan por las estrellas del cielo. El septenario de los Dolores era uno de mis devotos cuidados.

Había días en que, sin descansar, corriendo jadeante por las calles, iba á la misa de siete á Santa Ana, á la misa de nueve á San José, á la misa de medio día á la capilla de las Olivas. Descansaba un instante en una esquina, chupando aprisa el cigarro; después volaba al Santísimo expuesto en la parroquial de Santa Engracia, á la devoción del trisagio en el convento de Santa Susana, á la bendición del sacramento en la capilla de Nuestra Señora de las Piconas.

Por la noche, en casa de Adelina, estaba tan despeado y muerto de fatiga, que ella me daba golpes en los hombros, gritándome furiosa:

—¡Despierta, mochué!

¡Ay de mí! Llegó un día en que Adelina, en vez de llamarme «mochuelo»,—cuando, agotado en el servicio del Señor, apenas podía ayudarla á desabrocharse el corsé,—empezó á llamarme «carretón». Aconteció esto hacia las alegres vísperas de San Antonio, en el quinto mes de mi devoción perfecta.

Adelina empezaba á mostrarse cavilosa y distraída. Una noche dejó de hacerme la caricia mejor, aquella que yo más apetecía. ¡El penetrante y regalado beso en la oreja!

Eso sí, todavía continuaba dándome muestras de amor... Aun doblaba materialmente mi gabán; aun me llamaba «riquito»; aun me acompañaba hasta la puerta de la escalera en camisa, dando, al separarnos, aquel lento suspiro que era para mí la más preciosa evidencia de su pasión. ¡Ay, pero ya no me favorecía con el beso en la oreja!

Una noche de Julio, llegando á su casa más temprano que de costumbre, encontré la puerta abierta. El farol de petróleo colgado sobre la puerta, alumbraba la escalera. Entré. Hallé á Adelina en falda blanca, conversando con un mozalbeté de bigote rubio, envuelto en una capa española. Ella palideció y él me pareció acobardado al verme aparecer, grande y barbudo, con mi bastón en la mano. Después, Adelina, sonriendo, amable y veraz, me presentó á su *sobrino Adelino*. Era hijo de su hermana Ricardina, la que vivía en Viseo, y hermano de Teodoriquito... Sacando el sombrero apreté en la palma, grande y leal, los dedos fugitivos del joven Adelino.

—Me alegro mucho de conocerle. ¿Su mamá y su hermano están buenos?

Aquella noche, Adelina, resplandeciente, tornó á restituirme el beso en la oreja. Toda aquella semana fué deliciosa como un noviazgo. El verano prometía ser caluroso: yo había comenazgo en la Concepción Vieja la novena de San Joaquín. Salía de casa á la hora desagradable en que se riegan las calles, pero más contento que los pájaros que cantaban en los árboles del Campo de Santa Ana.

En la salita clara, con todas las sillas cubiertas de dril blanco, encontraba á mi Adelina en chambra blanca, fresca de haberse lavado, oliendo á agua de Colonia y á los lindos claveles bermejos que llevaba en el pelo. En una de estas entrevistas me pidió cincuenta duros.

¡Cincuenta duros!... Por la noche, descendiendo la calle de Santa Magdalena, rumiaba quién podía prestármelos: el buen padre Casimiro estaba en Torres. Mi compañero Requebrador estaba en París... Ya pensaba en el padre Piñeiro, cuyos dolores de riñones yo lamentaba siempre con afecto, cuando de una de esas callejuelas impuras donde Venus Mercenaria arrastra sus chinelas, ví escabullirse, todo encogido y subrepticamente, á José Justino, el virtuoso José Justino, el piadoso secretario de la cofradía de San José, contertulio de la señora doña Patrocinio de las Nieves, mi tía.

Le grité desde lejos:

—Buenas noches, Justinito.

Y regresé al campo de Santa Ana, tranquilo, gozando ya de antemano el regalado beso que me daría Adelina cuando yo, risueño, le extendiese en la mano diez monedas de oro.

Al otro día, temprano, corrí á casa de Justino y le conté la triste historia de un discípulo mío, físico, miserable, agonizando en una fétida casa de huéspedes, cerca de las Caldas.

—Es una desgracia, Justino. No tiene siquiera para un caldo... Yo soy quien le ayudo, pero, desgraciadamente, ¡puedo tan poco!... Le hago compañía, le leo oraciones y *Ejercicios de la Vida Cristiana*. Ayer noche, cuando nos encontramos, venía de allí... Y créame, Justino, que no me gusta andar por esas calles tan tarde... ¡Jesús, qué calles, qué indecencia, qué inmoralidad! Ayer, no crea, ayer bien ví que usted iba horrorizado. Yo también... De manera que esta mañana estaba en el oratorio de la tía rezando por mi discípulo y pidiéndole á Nuestro Señor que le ayudase y le diese algún dinero, cuando me pareció escuchar una

voz que bajaba desde lo alto de la cruz y me decía: «Entiéndete con Justino, háblale á Justinito, él que te dé cincuenta duros para tu amigo...» ¡Quedé tan agradecido á Nuestro Señor! De modo que aquí vengo, Justino por orden de El.

Justino escuchaba triste, chasqueando los dedos. Después, en silencio, me extendió una á una, sobre la mesa, diez monedas de oro. De esta manera pude servir á mi Adelina.

¡Sin embargo duró poco mi gloria!

De allí á pocos días, estando en el café de la Montaña tomando un sorbete, el mozo vino á avisarme que una muchacha trigueña y de pañuelo, que decía llamarse Mariana, me esperaba en la esquina...

¡Santo Dios! Mariana era la criada de Adelina. Corrí temblando, dando ya por cierto que mi bien amada estaba enferma.

—¿Hay novedad, Mariana?

La criada me llevó hacia el interior de un patio donde olía mal, y allí, con los ojos encendidos, ronca todavía del escándalo que tuviera con Adelina, empezó á contarme cosas torpes, execrables, sórdidas. ¡Adelina me engañaba! El joven Adelino no tenía con ella ningún parentesco: era el querido, el *chulo*. Apenas yo salía, entraba él. Adelina se le colgaba del cuello, y entonces me llamaban «carretón», buey y estafermo. Los cincuenta duros habían sido para que Adelino se comprara ropa de verano. Todavía sobrara para ir á la feria de Belén en coche y con guitarra... Adelina adoraba á su *chulo*: le cortaba los callos; y los suspiros de su impaciencia cuando él tardaba, recordaban el bramar de las ciervas entre las matas calientes, en Mayo... ¿Dudaba yo, quería una prueba? Bastaba que fuese aquella noche tarde, después de la una, á llamar en la puerta de Adelina.

Me limpié el sudor y murmuré desfallecido:

—Está bien, Mariana; está bien.

Llegué á casa tan sombrío, tan abatido, que la tía me preguntó con una sonrisita si había caído de la yegua.

—¡De la yegua, no, tía! ¡De la yegua! Estuve en la iglesia de Nuestra Señora de la Gracia.

—¿Por qué traes entonces esa cara tan tristonosa?

—He tenido un disgusto: un condiscípulo que está muy malo.

Y otra vez, como delante de Justino, aprovechando reminiscencias del primo Javier y de la calle de la Fe, referí á mi tía toda la miseria de aquel compañero enfermo. ¡Un muchacho muy devoto de las cosas santas!

—Desgracias,—murmuró la tía Patrocinio moviendo las agujas de la calceta.

—Tiene usted razón; desgracias. Como el pobre muchacho no tiene familia, nosotros, los condiscípulos, vamos por turno á servirle de enfermeros. Hoy me toca á mí y deseaba que usted me diese licencia para estar fuera hasta cerca de las dos.

La tía Patrocinio me dió licencia. Hasta se me ofreció para pedir al patriarca San José que fuese preparando á mi condiscípulo para una muerte y edificante.

—Eso sí que es un gran favor, tía! El se llama Macieira... El Macieira vizeo. Es para que San José lo sepa.

Toda la noche vagué por la ciudad. Por cada calle me acompañaban siempre, fluctuantes y transparentes, dos figuras, una en camisa, otra en capa española, enroscadas, besándose furiosamente y sólo desuniendo los labios para reirse alto, burlándose de mí y llamándome «carretón».

Llegué al Rocío cuando daba la una en el reloj del Carmelo. Todavía fumé un cigarro, indeciso, paseándome por entre los árboles. Después encaminé mis pasos hacia la casa de Adelina. Había luz en su ventana. Agarré la gruesa aldaba de la puerta, y, todavía, antes de llamar, dudé un momento. Sentí el terror de aquella certeza que venía á buscar terminante é irreparable... ¡Dios mío! ¡Tal vez Mariana, por venganza, calumniase á mi Adelina! ¡Todavía la víspera me había llamado «riquito» con tanto ardor! ¡No sería más sensato y más provechoso creer en ella, tolerarle un fugitivo trans-

porte por el señor Adelino y continuar recibiendo por egoísmo mi beso en la oreja? Pero entonces la idea lacerante de que ella también besaba en la oreja al joven Adelino, y que el joven Adelino también decía ¡ay, ay! como yo, me hizo descargar en la puerta una aldabada bestial.

Sentí abrirse desabridamente una ventana sobre mi cabeza. Adelina surgió en camisa con sus hermosos cabellos revueltos.

—¿Quién es el bruto?...

—Soy yo; abre.

Me reconoció. En el mismo instante apagóse la luz de dentro; y fué como si aquella torcida del quinqué, al extinguirse, dejase también mi alma en obscuridad, fría para siempre y para siempre desierta. Desde el medio de la calle miraba las ventanas negras y murmuraba:

—¡Ay, yo reviento!

Otra vez la camisa de Adelina blanqueó en la ventana.

—No puedo abrir: cené tarde y tengo sueño.

—¡Abre!—grité alazndo los brazos desesperado.— ¡Abre, ó no vuelvo más!

—Pues empieza ahora. Recados á la tía.

—¡El demonio te lleve, grandísima borracha!

Después de lanzarle como una pedrada esta severa despedida, descendí la calle, muy digno y muy erguido. Pero al llegar á la esquina rompí en sollozos.

Pesada, muy pesada fué, desde entonces, para mi corazón la lenta melancolía de aquellos días veraniegos... Habiéndole dicho á la tía que estaba escribiendo dos artículos destinados al almanaque de la Inmaculada Concepción para 1878, me pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en mi cuarto. Allí, arrastrando las chinelas por el piso recién regado, removía, entre suspiros, recuerdos de Adelina.

Una noche, me decidí á volver por su casa. Llegué con el corazón palpitante, á la puerta que tanto conocía, y llamé con una aldabada humilde.

El joven Adelino asomóse á la ventana en mangas de camisa.

—Soy yo, señor Adelino,—murmuré abyectamente, sacándome el sombrero.—Quería hablar con Adelina.

El se volvió hacia dentro murmurando mi nombre. Creo que dijo «el carretón». Allá, del fondo, entre los cortinajes donde la presentía desaliñada y hermosa, mi Adelina gritó con furor:

—Desocúpale sobre la cabeza el cubo del agua sucia.

Escapé.



El domingo, día en que confían en el Campo de Santa Ana los amigos predilectos de mi tía, aconteció hablarse, al cocido, de un sabio, condiscípulo del padre Casimiro, que recientemente habia dejado la quietud de su celda en Varatojo para ir á ocupar entre músicas y cohetes la trabajosa sede de Lamego. Nuestro modesto Casimiro no comprendía aquel deseo de una mitra: para él el fin de una vida eclesiástica, era estar á los sesenta años sano y sereno, sin penas ni remordimientos, saboreando el arroz al horno de la señora doña Patrocínio de las Nieves...

—Porque, déjeme usted que se lo diga, señora doña Patrocínio: el arroz está que se chupa uno los dedos...

De esta suerte vino á discurrirse acerca de las ambiciones que, sin agravio de Dios, cada uno podía nutrir en su corazón. La de Justino era una quinta! á orillas del Miño, con rosales y parras donde pudiese pasar la vejez, tranquilo y en mangas de camisa.

—Mire, Justino,—dijo la tía,—una cosa habia de echar de menos, y era su misa en la Concepción Vieja... Cuando la gente se acostumbra á una misa, no hay otra que consuele.

El padre Piñeiro reveló también su ambición.

Era elevada y santa. Quería ver al Papa restaurado en el trono fuerte y fecundo en que resplandeciera León X.

—¡Si á lo menos hubiese más caridad con él!— exclamó la tía.—¡Pero el santísimo padre, el vicario de Nuestro Señor, encerrado en una mazmorra, vestido de harapos!

El doctor Margaride la consoló. No creía que el Pontífice durmiera sobre pajas. Tenía oído á viajeros esclarecidos que el Santo Padre, queriendo, hasta podía tener carruaje.

—No es bastante; está lejos de ser todo lo que le corresponde á quien usa tiara; pero un carruaje es una gran comodidad...

Entonces Casimiro deseó saber cuál era la ambición del eminente doctor Margaride.

—Diga la suya, doctor Margaride, diga la suya,— exclamaron todos con afecto.

El venerable magistrado confesó que apetecía ser Par del Reino. No por vano alarde, ni por el lujo del uniforme, sino por defender el principio de autoridad...

Todos declararon calurosamente al doctor Margaride digno de tal honor. El sonreía, agradeciéndolo, grave y complacido. Después volvió hacia mí su faz majestuosa.

—¿Y Teodorico?... Todavía Teodorico no nos ha dicho cuál era su ambición.

Bajé los ojos, y afirmé que sólo aspiraba á rezar mi trisagio al lado de la tía con provecho y con descanso... El doctor Margaride insistió. No le parecía un olvido de Dios, ni una ingratitud con la tía, que yo inteligente, sano, buen caballero y doctor, nutriese una honesta ambición.

—La nutro,—exclamé.—Me agradaría ver París.

—¡Santo Dios!—gritó la señora doña Patrocinio horrorizada.—¡París! ¡París!

—Para ver iglesias, tía.

—No es necesario ir tan lejos para ver bonitas iglesias—replicó ella desabridamente.—Para fiestas con órgano y el Santísimo bien iluminado, y procesiones en las calles, y buenas voces, y respeto

á las imágenes que da gusto, nadie compite con nosotros, los portugueses.

Callé anonadado. El esclarecido doctor Margaride aplaudió el patriotismo eclesiástico de mi tía. Ciertamente no era una república sin Dios donde debían buscarse las magnificencias del culto. Para saborear las cosas grandiosas de nuestra Santa Religión, si el doctor Margaride tuviese tiempo, no era á París á donde iría.

—¿Sabe usted á donde iría, mi señora doña Patrocinio?

—El doctor—murmuró el padre Piñeiro—corre- ría derecho á Roma...

—¡No, padre Piñeiro; no mi estimada señora!

—¿No?

Ni el padre Piñeiro, ni mi tía alcanzaban que hubiese nada superior á la Roma pontifical. El doctor Margaride, entonces, alzó solemnemente las cejas negras como el ébano.

—Iría á Tierra Santa, doña Patrocinio. Visitaría Jerusalem y el Jordán. Subiría al Gólgota, y, como Chateaubriand, en pie, y con la cabeza descubierta, repetiría: ¡Salve, salve!

—Hermoso viaje,—murmuró el padre Casimiro pensativo.

—Sin contar—añadió el padre Piñeiro,—que Nuestro Señor Jesucristo ve con aprecio, y agradece mucho, esas visitas al Santo Sepulcro.

—El que hace ese viaje,—dijo Justino,—obtiene el perdón de sus pecados é indulgencias plenarias... Y hasta tengo oído decir que no sólo para sí, sino también para una persona de la familia, probadamente impedida de hacer el viaje...

—Por ejemplo,—exclamó el doctor Margaride inspirado y dándome una fuerte palmada en la espalda,—¡para una tía adorada, para una tía que ha sido un ángel, toda virtud, toda generosidad!...

La tía no decía nada. Sus anteojos oscuros giraban de los sacerdotes al magistrado; parecían extrañamente dilatados y brillantes, con la claridad interior de una idea: un poco de sangre coloreaba